

**HOY JUEVES 8
DE JUNIO DE 1989**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Modernizaciones Aquí y en China

El crimen es la acción más alejada de la política, en cuanto que ésta es arte del entendimiento, de la persuasión, de la negociación. Cuando un gobierno debe acudir a las armas, a la fuerza física, a la violencia, no obstante que tenga de ella el monopolio legítimo, está haciendo una confesión de impotencia, de ineficacia. Está declarando su incapacidad para regir, para gobernar. Eso ha ocurrido en China, con la monstruosa represión que vagamente hemos conocido.

Aparte el hecho casi físico del choque de las armas contra los cuerpos, de la matanza indiscriminada que se ceba en seres inermes, desprovistos de la mínima posibilidad de repeler la agresión, está la circunstancia política, que no debemos, en México, desatender. Nuestra condolencia con el pueblo chino nace de elementales consideraciones de humanidad. Las acciones feroces contra personas, provenientes de un poder incontestable, nos devuelven a estadios inferiores de la condición humana que hemos alcanzado. Pero, aquí y en China, tenemos el deber de reflexionar para impedir la repetición de los sucesos que afectan adversamente a una sociedad. No podemos simplemente lamentar los acontecimientos, des-

garrarnos las vestiduras ante la violencia. Es menester que podamos evitarla.

A riesgo de simplificar demasiado, pero con ánimo de retomar sólo algunas líneas básicas de la situación china, y usarlas en una comparación con nuestra propia realidad, puede decirse que en China se desfazaron los procesos de modernización económico, por un lado, con los de modernización cultural y política por otra parte. Se trata de fenómenos que van de la mano. Si no es claro que a la apertura económica tiene que acompañarla una similar apertura en las formas de participación de los ciudadanos, el conflicto es inevitable y tarde o temprano estalla. La actual dirección china inició hace no mucho tiempo una audaz revisión de su programa económico, que implicó la creación de zonas de economía de mercado, y una apertura al capital forá-

neo y a formas de producción que lo hicieran competitivo en el exterior. Inevitablemente, esa vinculación con el mundo externo produce imágenes y mentalidades distintas que es preciso poder compatibilizar con las instituciones y los usos vigentes, a riesgo de que el desfaseamiento se genere de manera traumática.

Así, la demanda democratizadora de los estudiantes chinos correspondía a la modernización económica impulsada por los dirigentes de la nación. Pero éstos no quisieron caminar a la misma velocidad en la apertura política. Y pagaron, doblemente, el precio: por un lado, vieron a la multitud juvenil salir a las calles, para expresar de modo rotundo e inequívoco su exigencia. Y cuando ésta se hizo irrefrenable, debieron acudir a la efusión de sangre, el argumento extremo del autoritarismo. Y no se han acabado allí, por

desgracia, los infortunios chinos. Pues nunca la represión es impune.

En México, desde el gobierno anterior se observan crecientes empeños modernizadores. Como a los chinos, a los mexicanos nos han sobrevenido muchas modernizaciones. No siempre hemos salido bien librados de ellas. La que ahora se nos asenta está modificando drásticamente la estructura productiva y los hábitos de consumo. A esa modernización económica tiene que empatarse una modernización política, en la que hemos entrado declarativamente, pero no necesariamente en los hechos. Apretemos el paso en tal sentido, para que el desfaseamiento se achique, y alejemos el peligro de un conflicto como el que estalló en la plaza de Tienanmen. Modernizar la política es un imperativo, aquí y en China.